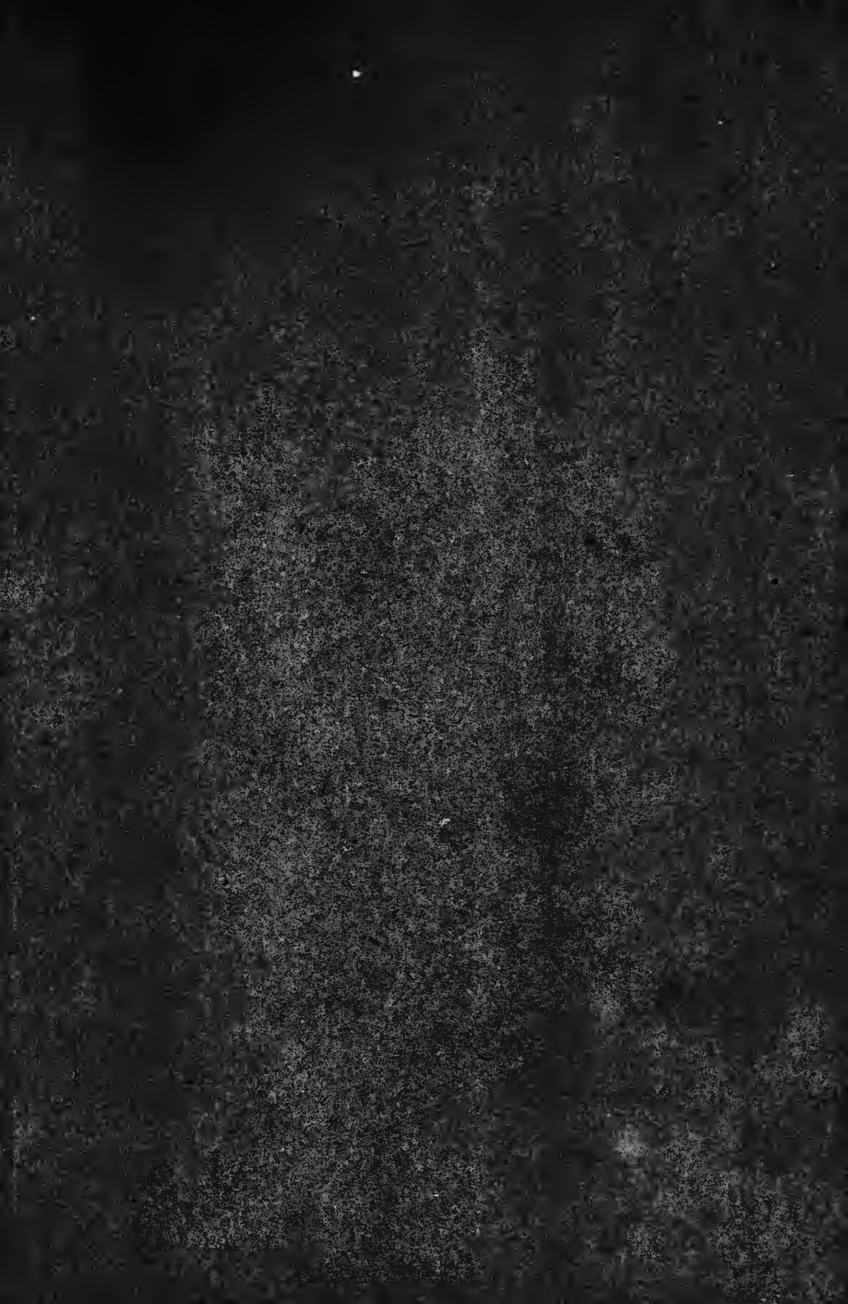
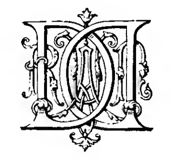


FRANCISCO SOTO Y CALVO

NASTASIO



CHARTRES
IMPRENTA DE DURAND
RUE FULBERT

1899

A LA MEMORIA

DE

HÉCTOR S. SOTO

Casa de Usted, lunes.

SEÑOR D. FRANCISCO SOTO Y CALVO

MUY QUERIDO AMIGO:

No sé si por la desilusión que va cundiendo acerca de los hombres que vulgarmente se llaman grandes, me es cada día más y más simpática la poesía familiar y casera cuyos héroes son los pobres y humildes de la tierra; de modo que me ha hecho Usted exquisito agasajo, en su hogar embellecido á porfía por el arte y las letras, leyéndome su Poema *Nastasio*.

Usted me ha trasportado al corazón de la Pampa y héchome conocer una familia honrada, afectuosa y trabajadora que es arrebatada y desaparecida en un instante por las fuerzas indomables de una naturaleza bravía: contraste soberano, lucha desigual entre la debilidad merecedora de dichosa tranquilidad y la violencia inconsciente de los elementos. Usted ha descrito con encanto las faenas ordinarias de esa vida que llamaríamos salvaje si no la embellecieran tiernos sentimientos, valor reflexivo, dulce resignación; y al mismo tiempo ha puesto de relieve, con valientes pinceladas, los atractivos de ese duelo de vida ó muerte, que fuera aborrecible para quien no tuviese hecho el corazón á buscar y aun á amar á su contendor cuanto más temible sea, solo por la satisfacción de vencerle. Pero el núcleo del Poema está en la serena conformidad con que Nastasio, sobreviviendo al desastre, continúa con el dolor, allá en los senos de su alma, combate más recio que los que había sostenido con potros y

con toros, y en la generosa solicitud con que mira por él su patrón, ejemplo vivo de la confraternidad que crean en el desierto la inocencia de costumbres y la comunidad de los peligros; hasta que lo redimió la muerte por largos años deseada en vano,

Y se asentó la paz en su semblante
Como celeste bendición.

No conozco de vista y por experiencia los accidentes y costumbres de la Pampa; pero no sé qué secreta adivinación me asegura de que todo lo que Usted dice es cierto y real; y puesto ya en este teatro y prevenido en favor de la decoración y de los actores, todo se desenvuelve naturalmente: los sentimientos, el lenguaje, la catástrofe. No sé si á alguno, acostumbrado á la alta entonación cuyos primores ha ostentado Usted en sus *Poesías,* cause extrañeza el lenguaje llano, en varios lugares, de *Nastasio;* á mí me parece que ahí serian inoportunos los adobos poéticos y retóricos, y aun temo que alguna vez haya Usted subido el tono más de lo justo. Si hemos de echar á un lado lo convencional, el campesino ha de hablar como campesino, y los objetos que él conoce han de ser llamados como él los llama: la poesía ha de estar en la cosa misma y no en los atavíos. Bien sé que así, á la letra, semejante doctrina parecerá vitanda á los que creen que la poesía castellana no puede vivir sin ampulosidades y oropeles; mas esos mismos convendrán en que el correctivo de ella está en la selección artística, que toma de lo vulgar cuanto casa con lo culto, y toma el medio en que se confunden lo docto con lo familiar. Absurdo sería poner á los toscos labriegos de Millet rótulos y cintas (como en los cuadros devotos) con las perífrasis de cierta antigua escuela poética. Creo que á cada paso ha acertado Usted con el tono de sinceridad artística.

Otro atractivo añade á las escenas que Usted describe la consideración de que esas costumbres sanas, hijas de inocente tradición, según toda probabilidad, irán desvaneciéndose, y el poema de Usted será como aromoso bálsamo que las conserva para las generaciones venideras.

Díceme Usted que al fin del libro pondrá Usted un glosario de términos poco conocidos fuera de su país, como en Colombia han tenido que hacerlo autores ó editores; y esto me hace pensar en otra despedida, despedida amarga en medio del festín de la civilización, como la de la novia que á hora desconocida deja la casa paterna entre los regocijos de la boda. Poco ha me dió Usted á leer en *La Nación* el parecer de un sabio lingüista francés sobre la suerte de la lengua castellana en América, parecer ya antes expresado por otros no menos competentes, y que á la luz de la historia es de ineludible cumplimiento. Cuando nuestras patrias crecían en el regazo de la madre España, ella les daba masticados é impregnados de su propia sustancia los elementos de la vida moral é intelectual, de donde la conformidad de cultura, con la única diferencia de grado, en el continente hispano-americano; cuando sonó la hora de la emancipación política, todos nos mirábamos como hermanos, y nada nos era indiferente de cuanto tocaba á las nuevas naciones; fueron pasando los años, el interés fué resfriandose, y hoy con frecuencia ni sabemos en un país quién gobierna en los demás, siendo mucho que conozcamos los escritores más insignes que los honran. La influencia de la que fué Metrópoli va debilitándose cada día, y fuera de cuatro ó cinco autores cuyas obras leemos con gusto y provecho, nuestra vida intelectual se deriva de otras fuentes, y carecemos pues casi por completo de un regulador que garantice la antigua uniformidad. Cada cual se apropia lo extraño á su manera, sin consultar con nadie; las divergencias debidas al clima, al género de vida, á las vecindades y aun qué sé yo si á las razas autóc-

tonas, se arraigan más y más y se desarrollan ; ya en todas partes se nota que varían los términos comunes y favoritos, que ciertos sufijos ó formaciones privan más acá que allá, que la tradición literaria y lingüística va descaeciendo y no resiste á las influencias exóticas. Hoy sin dificultad y con deleite leemos las obras de los escritores americanos sobre historia, literatura, filosofía ; pero en llegando á lo familiar ó local, necesitamos glosarios. Estamos pues en vísperas (que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas) de quedar separados, como lo quedaron las hijas del imperio Romano : hora solemne y de honda melancolía en que se deshace una de las mayores glorias que ha visto el mundo, y que nos obliga á sentir con el poeta : ¿ Quién no sigue con amor al sol que se oculta ?

Pero, amigo mío, esto es todavía cuento largo, y mientras nos entendemos, no hemos de olvidar que somos hermanos ni negar simpático aplauso á lo bueno, poco ó mucho, que logremos hacer en nuestra agitada vida de ensayos. Entre las mil delicadas obras que en Paris ha inventado la caridad, acaso ninguna me lo ha parecido más que la que ejercitan varios miembros de la Sociedad de San Vicente de Paul, empleando todos los medios posibles para conservar y vivificar las relaciones de familia entre los pobres que vienen á este maremágnum en busca de fortuna, ó siquiera de trabajo, y dejan desecar los afectos íntimos entre la rudeza de la labor material ó entre las redes del vicio, hasta olvidarse de que tienen padres ó hijos. ¿ No haremos obra de caridad y de civilización haciendo efectivo nuestro antiguo parentesco para satisfacción común ?

Por eso correspondo á la prueba de cariño con que Usted me ha favorecido, dirigiéndole estas cuatro letras de felicitación, escritas entre achaques y premiosas ocupaciones.

Suyo afectísimo,

R. J. Cuervo.

I

FIN DE HIERRA*

* Al final del volúmen hallará el lector un vocabulario de las voces argentinas empleadas en la obra y que el autor de esta no subraya por creerlo innecesario.
F. S. y C.

Es aun el tiempo en que la Pampa inmensa
Sin principio ni fin se abre á los ojos
Del inquieto mortal. Sobre su extensa
Chapa de luz, en la región sin mancha
Ni un sólo pueblo ni vivienda apunta;
Y allá en contorno de la augusta cancha
La tierra al cielo cóncavo se junta.

Apenas si al oriente, como nube
Columbrada á lo lejos, se destaca
Con azulado tono un vago monte;
El que á compás que el viajador se acerca
Á su alta mota, se dibuja y sube
Sobre el arco huidor del horizonte.

Es la Estancia llamada « Providencia »,
Heredad del anciano Bastarrica
Coronel de la patria independencia.
De la verde llanura la más rica
La mejor arreglada y la más grande,

Ya pasó de la hierra el apogeo,
Ya empieza de las gentes el desbande;
Pues de sus diez mil vacas, la progenie,
Que el fierro quemador muerde y señala,
Hace tres días que alistó en rodeo;
Y es por eso que amengua el clamoreo
Que sobre el llano volvedor resbala.

Empero aun quedan gentes en montones
En torno del corral; y junto al grupo
Mugidor de los últimos terneros,
Aún bullen los más jóvenes peones
Y los más ardorosos convidados
Que enlazan, tumban, pialan á porfía
Y corren tras la res por todos lados
Levantando entusiasta algarabía.

Al otro extremo, el grupo ya en reposo,
De los lazos mejores; que comenta
El producto del año esplendoroso,
Y del rudo trabajo peligroso
Las cien hazañas memorables cuenta.
Allí están los antíguos veteranos
Rencor del español; allí del indio

El casique pasado á los cristianos;
Allí el gaücho, pensativo y triste,
Elástico y vivaz; y el gran moreno
Que, á cada instante que sus lábios abre,
Lanza al espacio su reir de trueno;
Y allí, junto al fogón, donde chispea
El estiercol mezclado con chamico
Que siete marcas en redor caldea,
Anastasio, el peón, que activa el fuego,
Apenas los marcantes se aproximan
Y el fierro enfriado á la fogata arriman,
Otro les pasa enrojecido, y luego
Atizando las brasas las revuelve,
Y hace cundir el humo, que espesado,
Al gran concurso que descansa envuelve.

Rendido de pialar y arrimar fierro
El activo Anastasio el fuego atiende;
Y en torno de la hoguera y de él se enciende
De más en más la charla campesina,
Que él atiza también: porque es la hora
En que ya el sol, de la mitad del cielo,
Extiende en la sabana brilladora
De luz dorada su quemante velo.

Síntesis de los criollos campechanos
Á los cuales el viento del progreso
De los nativos lares desaloja
Para arrastrarlos, como á débil hoja
De campo en campo en los abiertos llanos,
Es Anastasio el tipo genuino
Del Payador de númen argentino.

Él también se alejó cual sus hermanos
Hasta el límite austral de las praderas:
Paria en su misma tierra deportado
Por el torrente en ella desbordado
De las promíscuas gentes extrangeras.

Confinado á lo lejos del camino
Que el labriego recorre en su adelanto,
Aún tiene el buen pastor aquel encanto
Del sér de transición: la gentileza;
La espontánea honradez y la bravura
Que tantas glorias á su tierra atrajo
Y embebidas dejó de su grandeza
Las misérrimas luchas del trabajo.

Idolatra á su Pampa silenciosa:

Esa Pampa, como él, seria y callada;
Irrestañable fuente de misterio;
Más verdegueante que una mar turbada
Y más llena de unción que un cementerio.
Con ella en dulce intimidad palpita
Aspirando el reposo del ambiente;
E ignorante del trato de la gente
Sus varias aptitudes ejercita
En la atención de su ganado exiguo,
Y en la de aquel que su patrón le entrega;
Mientras atiende con pasión de padre
Al culto del hogar, que ya de antíguo
Es de simiente fertil como el prado:
Pues cuando éste de gramas se engalana
Como un dón de la rica Primavera,
Crecer su prole el payador advierte
Con el naciente infante apetecido
Que, al dejarle el hogar reflorecido,
En primavera el alma le convierte.

Conserva la conciencia del honrado
Trabajador que ignora que ella existe
Y guarda un fondo candoroso y triste
Su noble corazón. Apasionado

Tiene la ingénua condición del niño
Que, no sólo en los seres, en las cosas
Las ansias ciegamente generosas
Derrama de su ingénito cariño.

Si la noche de estío fosforesce
Con su manto de estrellas tachonado —
Digno capuz del esplendor pasado
Del rutilante y bochornoso día —
Y una llama en los campos aparece
Rayándolos con lumbre solitaria,
Es señal — lo asegura el campesino —
Que el alma en pena de un paisano muerto,
Vuela errabunda en pos de la plegaria,
Flotando como antorcha funeraria
Sobre la faz profunda del desierto.

— Ayer, no más, las yeguas en tropilla —
Continúa diciendo el buen paisano
Á los gaüchos que en redor se sientan
Para oirle contar — furiosamente
Escaparon con pávidos bufidos
Que del rancho en silencio eran sentidos
Por las gentes que estábamos calladas

Del asador en torno congregadas;
Y era que, envuelto en su cendal flotante,
El pálido fantasma de la viuda
Ingrávido pasaba aleteante
Vertiendo miedo en la campiña muda.
— Es verdad, Don Nastasio — dijo alguno
De los camperos que en contorno estaban
Y las cándidas frases escuchaban —
La otra noche al llegar junto á mi rancho
Se me apareó, espantándome el lobuno,
Un cura viejo que domaba un chancho
Como una exhalación...
— Pues ¡ ya lo creo!—
Anastasio agregó. — Si en estos pagos
No es posible vivir con tanta guerra
Que nos deja también su cosa mala
Como una maldición de nuestra tierra...

Y después los relatos de peligros
De domadas, guerrillas y malones,
Y de angústias de sed en los eriales
De la inmensa República siguieron
En rauda sucesión : que es Anastasio
De todos los puesteros y peones

Que luchan en los altos pastizales,
El más valiente y resignado y fiero
Que jamás existió : tal lo acredita
Su fama perdurable entre la gente
Que á veinte leguas en redor habita.
Porque de él no tan sólo se relata
Que, como nadie por el pago, doma
Los potros más feroces y porfiados,
Sinó que de igual modo ablandaría
Á los duros malevos desalmados
Que amedrentan la misma policía.

Muchas veces saliendo del marasmo
Congénito al sopor de su tristeza,
Hasta el lúcido ardor del entusiasmo
Arrebátase el bardo campesino,
Con esa inspiradora ligereza
Habitual del espíritu argentino
Que, á favor de arrebato repentino,
Sus modorras de siesta despereza...

Cual si entonces el són de la guitarra
Alas al canto decidor pusiera
En su estilo, del alma desbordando

La rebosante trova plañidera,
Corre, flores y abrojos derramando,
Con ciego inadvertir de primavera...
Ora el alto pensar, ora la impura
Frase que rueda como espeso lodo
Escapa de sus labios, donde todo
Toma color de gráfica pintura.

Mas con la hierra terminó el holgorio.
Y el ejercicio homérico y solemne
De enlazar y correr, y el entrevero
En que los mozos, revoleando el lazo
Perseguían el último ternero,
Por no privarse del placer postrero
De hacerle dar el último porrazo
Que el infeliz llevara...
Poco á poco,
Y uno aquí y otro allá, vienen livianos
Los mocetones que embellece el triunfo;
Y se avanzan cimbrando todo el cuerpo
Con el rollo del lazo entre las manos,
Hasta el fogón, en donde el mate anima
El charlar de los viejos veteranos,
Al que hace fondo, ensordecida y dulce,

De una guitarra la gimiente prima.

Del concurso agrupado junto al fuego
El contínuo reir y los relatos
Se aplacaron también...
Y entre el sociego
Conque al vecino arroyo se recuesta
Mugiendo sus dolores é inquietudes
La tropa que à los últimos gaüchos
Retuvo en afanosa algarabía,
En pintorescos grupos, lentamente,
Vá desbandada la oficiosa gente
Comentando los éxitos del día.

II

MANUELA

Está la tarde enardecida y triste;
Dijérase que espesa y condensada:
Un bochorno vibrante á la mirada
De cielo y tierra los espacios viste.

Anastasio á lo lejos aparece;
Y, sofrenando el potro que jadea,
En gozar largamente se recrea
La intensa dicha que su hogar le ofrece...

Viene el hombre radiante de alegría.
En su rostro de cobre el sol chispea;
Lanza dardos la luz en los botones
Del amplio tirador: pule y colora
La chaquetilla suelta; del caballo
Las enérgicas formas avalora;
Y hace salir con mágico resalte
La figura arrogante del jinete
Que hasta su dulce estancia se adelanta
Hermoso, juvenil, recio y lozano,

Mostrando en el espejo de los ojos
Todo el ardor conque su sangre canta
La hirviente estrofa del contento humano
Que su seno magnífico levanta.

De su nido de amor, en cuyo alero
Lucen color y movimiento extraños,
Sale su gran familia bullanguera
Como un desbordamiento.
Encabezándola
Su hija mayor, Maruja, la primera,
Palmea de alegría al ver al padre.
Tres chicos vienen luego aleteando
Cual pajarillos. Raudos los alcanzan
Los perros predilectos con ladridos;
Mientras los niños, al correr gritando,
Sus risas frescas al espacio lanzan
Que van el eco alegre despertando...

Al fin allá, tras el luciente polvo
Que deja en pos la juvenil carrera,
Se adelanta tranquila, reposada,
Con el último vástago en los brazos,
La madre de los chicos: la adorada

Consorte á su cariño consagrada
Que el alma le ciñó con tíbios lazos.

Lisas, espesas y hacia atrás caídas,
Le flotan al desgaire renegridas
De su cabello las trenzadas hebras,
Con el blando moverse de culebras
Á sus formas cimbrantes oprimidas.
Que es Manuela una moza alta y derecha
De torso vigoroso aunque flexible;
Miembros delgados; frente deprimida
Y ojos á que se asoma un indecible
Fatigoso contento de la vida...

Un cierto pliegue de dolor los gruesos
Y sanguinosos labios la separa:
Se diría que al fuego de los besos
Aquella débil flor se marchitara.
Empapada su voz de sentimiento
En medio del placer más ostensible,
Aun trasciende hasta el eco de su acento,
Aquel amargo dejo de lamento
Que hace su extraña risa indescriptible.

Se expresa como niña. Ingénuamente
Abre los grandes ojos sin secretos;
Y, alzando la cabeza embellecida
Por un desborde de placer sin causa,
Dijérase derrama en el ambiente
Su contento y su amor... Luego, inclinando
Sobre el pecho gentil la mústia frente,
Distraído su rostro se contrista:
Sin advertir porqué vuelve la vista
La familiar escena desertando,
Y endereza el espíritu á esos mundos
Donde las almas simples de la tierra
Van á buscar, como atrayentes galas,
Los sentimientos de bondad con alas:
Aves de amor que el corazón encierra.

Y es que su seno, como el arpa eólica
Que el inconstante són de sus acentos
Presta inconsciente á los diversos vientos
Que con sus alas al pasar la hieren,
Ora prorrumpe en gritos de aspereza,
Ora en arrullos que de dulces mueren...

El pañuelo de seda, holgada cofia

Henchida por la mata de cabello,
El cuerpo asegurado en negra almilla
Y la falda flotante de merino
Alzada por delante ¡ oh, cuántas veces,
Cuántas veces salió como una loca
Con el alma en los ojos y en la boca
El grito agudo del terror, volando
Desde el lejano cuarto en que cosía,
Porque oyera llorar con desconsuelo
Al muñeco de carne á quien la hermana
En fiero arranque derribó del pelo
Desde el alto pretil de la ventana!
Y apenas dió la reprensión materna
Tartamuda de enojo todavía
¡Cuántas veces soltó la carcajada
Porque viera en el fondo de la pieza,
Desnudo cual la palma de la mano
Al chiquillo menor, que pataleaba
En el suelo clavado de cabeza
Ó furibundas zapatetas daba!

Joven se unió por el amor rendida
Á aquel que supo fomentar el fuego
Que en su sangre de criolla enardecida

Hirvió como un volcán... Sólo anhelante
Del placer del hogar, en él vivía;
Y la misma quietud que la rodeaba,
Más íntimos deleites le acordaba
Y más sabroso su querer le hacía.

En la constante admiración por su hombre
Enseñaba á sus hijos á adorarle
Como se adora á Dios: de Dios en nombre
Les hizo enaltecerle y respetarle.
Por eso hasta el palenque, cada día,
De su vistosa prole rodeada
Á recibir al Payador salía;
Tan llena de ilusión y alborozada,
Como si á su regreso y en ancada
Trajése el buen paisano á la Alegría.

Y ante el palenque, del ombú sombreado,
Que el fuerte muro de sus postes muestra
Como en la tierra hondísima arraigado,
Saludándo á sus gentes con la diestra,
Detiénese el peón...
Plácidamente
Rie el hombre al mirar, cómo, enredado

En las patas del perro Chocolate
Un chico, que avanzaba á la carrera
Del bullicioso grupo rezagado,
Cae, y revuelto con el can culpable
Que chilla entre contento y dolorido,
El chiquillo gritando patalea;
Hasta que al fin gimiente se levanta
Y con el rostro sucio se adelanta
Hacia el concurso que al cantor rodea.

Anastasio desciende. Todo el patio
Se agita con bullir de gente buena;
Y cual vaga zumbando la colmena
En torno de la Reina, la familia
Á su señor alcanza... Cual torrente
Cáele encima; y éste á la cintura,
Á la rodilla aquél, alguno al poncho,
Asiéndose con raptos de locura,
Le ponen la arrogante compostura
Á fuerza de tirones y de abrazos
En tanta desazón, tan mal parada,
Que Manuela, por fin compadecida;
— Vamos á ver! Sociéguese la indiada. —
Exclama. — Que la gente está aburrida! —

Y á uno un tirón, al otro una palmada
Entre risas y gritos, vá logrando
Libertar al buen hombre acometido;
Que murmura con aire enternecido
— ¡Sacálos, china, que me están matando!

III

LA CANCIÓN

Á los breves instantes de ocurrida
Esta escena de hogar, en la llanura
Con sopor de borrasca adormecida,
Parecía elevarse conceptuosa
La emocionante voz que la natura
Deja oir en la tarde magestuosa,
Mientras extiende parda veladura
Por la llana región.
Á la distancia
De las yeguas los lánguidos cencerros
Cada vez más distintos retiñían;
Pues al galope hacia el corral volvían
Estremeciendo el suelo con sus callos
Y cubriendo el gritar de los peones
Con el áspero són de sus clarines,
Las domésticas tropas de caballos
Sueltas al aire las flotantes crines...

Después, con perezoso movimiento,
El celaje avanzó... Desdibujóse

El ámplio panorama. En un momento
Fueron falso crepúsculo iniciando
Las prematuras sombras vespertinas;
Y engañadas por éllas, poco á poco,
Recogiéronse todas murmurando
Sus calumniosos chismes las gallinas.

El silencio cundía... En la serena
Quietud, ganado por el cruel bochorno
Que la atmósfera ardiente caldeaba,
El puestero Anastasio dirigióse,
Como entre el vaho abrumador de un horno,
Á correr las tres palmas que cerraban
El corral... Los borregos todavía
Buscaban á sus madres. Como espuma
Sus oleadas de lana se estiraban;
Y, con íntimo acento de gemidos,
De las ovejas tristes se elevaban
En sucesión los trémulos balidos.

Vuelto Anastasio al rancho, en una silla
Sentándose al reparo del alero,
La guitarra templó... Y en torno suyo
Este sobre un cajón, otro en un cuero,

Sobre la tierra alguno, la graciosa
Pintoresca familia se congrega
En guirnalda viviente y rumorosa.

Con el pequeño entre los brazos, llega
Luego Manuela; y de ésta en pos Maruja
Que su ancha silla de labor la entrega.
Siéntase la mujer del hombre al lado;
Él, por los ojos, le contempla el alma
Y bebe en ella inspiración... Callado
Acuerda la guitarra al pensamiento:
Luego eleva la frente, y en la calma
Del espacio infinito, vuela el lento
Y cadencioso acorde, que simula
El murmurar del trebol, cuando ondula
Entre sus hojas adormido el viento.

*
* *

Yo no sé cantar de penas
Ni sé cantar de dolores;
Pero de alegres primores
Están mis bordonas llenas.
Cuando en las tardes serenas

Como hoy, me ahoga el placer,
Entreténgome en mecer
Con mis coplas mis quimeras,
Que son dulces primaveras
De eterno reverdecer...

Nací como las estrellas,
Con luz rompiendo la sombra :
Y de la Pámpa en la alfombra
Marqué con flores mis huellas.
Invento á veces querellas
Como la calándria ociosa
Que se queja lamentosa
Tan sólo de consentida,
Cuando se pasa la vida
Esponjada de dichosa...

Donde quiera que pisé
Brotó pasto de alegría ;
Y un día tras otro día
Triunfante me adelanté.
Y es que contentarme sé
Con el bien que Dios me ha dado :
Tengo á mi china á mi lado,

Mis hijos y mis haciendas;
Y ¿qué prendas, qué más prendas
Pudiera haber codiciado?

Yo no ambiciono palacio
Ni habitar grandes ciudades;
Porque son mis propiedades
Sobrantes para mi espacio.
Me basta marchar despacio
En la senda en que he nacido,
Y ver mi hogar bendecido
Por el que lo puede hacer,
Y mis lágrimas verter
En cantos de agradecido.

Son mis plácidos quehaceres
De Dios supremas bondades,
Que estas mismas soledades
Me convierten en placeres.
Alma mía, nunca esperes
Una delicia mayor:
Multiplíquense en redor
Los bienes que dióme el cielo
Y en mi hogar nunca su vuelo

Pare el ave del Dolor!

*
* *

La postrimer palabra, como un soplo,
Murió con el acorde apasionado;
Y en el silencio, de emoción cargado,
Sonó un beso de amor.
Cerróse el grupo
Del paisano en contorno; y no se vieron
Más que brazos rosados, ó manitas,
Que, juntos con las rubias cabecitas,
El cuello hercúleo del cantor ciñeron.

IV

LUCES Y SOMBRAS

Por el mismo contento fatigado
Quedóse el Payador.
Callado un punto
Miró á lo lejos: en el suelo, al lado,
La guitarra posó; dejó el asiento
Y á su consorte dijo:
— Crece el viento
Con traidor arrastrarse de asesino;
Prohibe que se alejen los muchachos,
Porque el llano parece se previene
El soplo á recibir que está en camino
Por la remota linde. En turba herida
Se aplasta en derredor la ternerada...
¿Vés? La gramilla humea atufarada,
Y los teros, pegando su tendida
Cuando los potros junto á ellos pasan,
Vuelan á ras de suelo, despacito:
Y hasta parece que la garza mora
Cruzára por la altura, soñadora,
Como sin ganas de soltar el grito. —

Y, así diciendo, examinó la puerta
Del hogar, que la paz de la comarca
Mantuvo de contínuo sin cerrojo
En todo tiempo y ocasión abierta;
Y en seguida salió.
                                        Junto al alero
Estaban en montón resplandeciente
Las prendas de montar. Cuida el paisano
Más que su pingo y su facón, su apero:
Y á techado lo entró.
                                        Tomándo entonces
De las mórbidas manos de la esposa
El mate aromador que le brindaban,
Se quedó contemplando la llanura
De la puerta en la jamba recostado,
Cual si un presentimiento de amargura
Allí en el fondo de la Pampa obscura
Le tuviese el espíritu abismado.

Con esa resistencia inagotable
Conque los niños corren, los muchachos
Pasaban por su lado, vivarachos,
Como impulsados de una fiebre instable;
Y el buen campero, al devolver el mate

Vacío ya, y adelantando el cuerpo
Que con liviano poncho se envolvía,
Cual si un cordero de la pata asiera,
Al chiquitín que próximo pasaba
Sujetó del calzón por la trasera.
Los dedos aferrando en el fundillo
Le atrajo á sí: lo levantó en el aire
En tanto que angustioso forcejeaba
Entre risas y llantos el chiquillo.
Como la rueda loca de un volante
Le hizo girar; bajólo; jadeante
Lo contempló, temblando de contento,
Y hundió con cariñoso arrobamiento
En la ancha barba el infantil semblante.

Apenas, consolado, enmudecía
El mocoso gritón, cuando saliendo
De la muda abstracción en que cosía
Dió Maruja una voz.
Al escucharla
Miró el padre á su hija.
La doncella,
Del sol muriente á los vislumbres rojos,
Sentada y en silencio parecía

Una escultura extraña. Alegre cofia
El pañuelo polícromo ceñía
Su cabecita juvenil; los ojos
Negros como el carbón, como él brillaban
Cuando encendido está; la casta boca,
Que la terneza y el candor colmaban,
Por el asombro se entreabría...
Un brazo
Extendió al levantarse de su asiento
Sin saber lo que hacía la muchacha
Señalando las brumas del poniente;
Y con las tintas grises del ocaso
Su grácil cuerpecito se enlucía
Y alivianábase. Cual transparente,
Ingrávida y suspensa, se diría
Que empezaba á elevarse en el ambiente
Sorbida por el cielo.
En tal momento
Quien no la conociera la tomara
Por ficción del ardiente pensamiento
Ó extraña aparición.
Azul corpiño
Y un incoloro faldellín, vestían
Sus formas atrayentes. Recostada

Contra el rústico escaño de madera
Donde hasta aquel instante se la viera
Matar las horas de la larga tarde
Arrullando sus sueños con la aguja
En la blanda labor, quedó un momento
Sumida en su abstracción...
— ¿Hablas, Maruja? —
El padre preguntó, teniendo al niño
En pelotón de carne palpitante
Como viviente rosa entre los brazos.
Pero, al volver la vista indagadora
Hacia la niña, al punto comprendiendo
La causa de su grito repentino,
Nada más preguntó...
Como manada
De enormes yeguas pardas, desatada
En rodar de furioso torbellino,
Con carrera fantástica venía
Grande tropel de nubes por el cielo;
Que, fingiendo las formas más extrañas,
Monte tras monte en la extensión ponía
Y luego los tumbaba y revolvía
Como un derrumbamiento de montañas.
El sol pintaba en las canosas frentes

De los fingidos montes, esplendentes
Coronas de rubíes y topacios;
Y, horadando los anchos nubarrones,
Proyectaba sus vivas esplosiones
En ráfagas de luz por los espacios.

V

EL ANUNCIO

¡Cuán imponente y sobria es en el llano
La aparición del huracán!
                                        La tierra
El cielo, todo, en su inquietud le anuncia
Con ese asombro del silencio austero
Que más que el mismo retronar nos cuenta
Las proezas luctuosas del Pampero.

Para ver prepararse la tormenta
La familia se agrupa en el alero
Con general curiosidad.
                                        Locuaces
Rien los chicos, porque el viento airado
Vendrá la Pampa á conmover. El padre
Los tiene junto á sí; mústia, la madre,
Se apoya con amante abatimiento
En el hombro de aquél. Sólo Maruja
Se queda indiferente allá en su silla,
Y mueve lenta, sin cesar, la aguja
Que al sol poniente en ocasiones brilla.

Entre tanto fatídicas, ansiando
Cubrir la inmensidad, vanse elevando
Las nubes tan espesas cual barrancas;
Detrás de cuyos lomos se enderezan,
Como queriendo despeñarse al suelo,
Otras más densas cuyas frentes blancas
Van rebosando en la amplitud del cielo...

La luz, la escasa luz, la luz muriente
En su cárcel de sombras encerrada
Por el hondo horizonte sofocada
Se vá extinguiendo como un sér viviente.

Azoradas las aves agoreras
Con sus gritos de susto por la altura
Hacen flotar sus alas cual banderas
Que en brazos de su racha, á la ventura
Arrebata el turbión.
Como pedradas
En cesga comba, con fugaz zumbido,
Los jilgueros se alejan en bandadas
Dejándo atrás un áspero ruïdo
De cuerdas de relojes escapadas...

Á las veces, cual sombra deslizante,
Pasa rompiendo las espesas nubes
El chajá con su vuelo cimbreante;
Y sobre el campo atónito su alerta
Deja caer en vibración valiente,
Que, agudo grito de ¡atención!, despierta
La inquietud de los brutos y la gente.

La tarde como una alma se estremece...
Una bullente desazón las cosas
Parece deja absortas y calladas.
Desprendidas en ráfagas de horno
Las ondas del calor que en torno crece,
Desparraman vibrante su bochorno
Por el sediento campo.

De improviso
El ventarrón mostrándose, desata
Su meznada de rachas aulladoras
Que la extensión indómita atropella...
Luego cruza el confín de un aletazo,
Parece se encabrita y se abalanza;
Y, ya pesado, rudamente avanza
Desdoblando bombazo tras bombazo.

Entonce hasta las reses más rehacias
Levantan la cabeza indagadora
Dejando de pacer... Sobrecogidas
De terror, se desbandan como ejército
Que la derrota envuelve. Entorpecidas
Por el pesado vaho caldeante
Que dondequiera se levanta, á poco,
Las madres, de las crías separadas,
Rompen la marcha sin cesar mugiendo:
Y las yeguas en rápidas manadas
Ván con agrias y agudas clarinadas
La creciente borrasca previniendo...

Ya las vizcachas arañando el polvo
No lo alzan sobre el blanco desplayado
De sus viviendas. Lúgubres gemidos,
Largos y huecos, asomando apenas
La cabeza en sus túneles, exhalan;
Y aquellas más osadas, por lo hambrientas,
Sus sombras silenciosas, soñolientas,
Hacia el vecino trebolar resbalan.

Hasta esos toros que por ser tan viejos
Del rodeo esquivaron el tumulto

Quedándose cortados á lo lejos
En su egoista soledad medrosos,
Parece que volviesen vacilantes
Hacia el corral que desertaron antes.
En lucha con los soplos se resisten.
Vencedores, á veces, jadeantes
Corto trecho adelantan: mas de pronto
También cediendo al huracán violento,
Arrebañados siguen la vacada
Que se hunde en los campos castigada
Por el silbante látigo del viento...

Todo rueda ante el soplo poderoso:
La nube; el ave; el bruto que camina;
Los secos tallos; el espeso polvo;
Hasta el blandiente pastizal. Parece
Como que el miedo á la región domina,
Y el alma de los fieros elementos
Contra sí misma y contra todo en guerra,
Cundiente inundación se ensoberbece,
Y en sus ondas de horror cubre la tierra
Que con su propio espanto se estremece.

Se diría que el soplo soberano

No es lo que corre; más que tierra y cielo
En desafío de sin par carrera
Van el orbe infinito transpasando;
Y que el crujido formidable fuera
El de las alas conque van volando...

VI

EN EL NIDO

Y del hosco cubil del horizonte
El polvo envuelto en truenos fué rodando;
Y, ponderoso, ingente, rebalsando
El cielo, el río, la campiña, el monte...

En el rancho las gentes se encerraron.
Sobrecogidos de temor los niños
En torno de Anastasio se agruparon
Con miedo hasta de hacerle sus cariños.

Silbando en las rendijas de las puertas,
Forzando las trincheras de colchones,
Se colaban los túrbios resoplones
Cual por ventanas francamente abiertas.

El seco ambiente convirtióse en polvo;
Y de polvo flotante, enardecido,
El rancho se llenó.
Crujieron techos
Y paredes...

Las velas se apagaron
Que el amor maternal guardó encendidas
Y á su sombra, las almas, se quedaron
Más que la misma pieza ensombrecidas.

Al prenderse de nuevo, á cada instante,
Las extintas bujías cuya llama
Oscilaba cual lengua vivoreante,
La familia, cual aves cuyo nido
Sacude la tormenta, se veía
Amontonada en el revuelto lecho;
Y en obscuro rincón se columbraba
Á Anastasio, que activo, aseguraba
Con guasca cruda la armazón del techo
Que el fiero ventarrón solevantaba.

Las cosas todas con sonar tremendo
Sin saber cómo, ni porqué, sonaban;
Y, del fragor de la mansión batida
Multiplicando el infernal estruendo,
Los llantos de los niños aumentaban
Como á compás del vendaval creciendo...

Amenazado hasta en lo más querido

El campero sentía el desaliento
Morderle el alma: y á su extraño influjo
Se creyera á su sér un sér distinto
En cada enunciación de sus acciones,
Como si allá en el fondo de su pecho
Palpitasen diversos corazones.

Ya indómito y valiente desafía
Al deshecho turbión: ya se amilana
Y tiembla como infante; ora enloquece,
Y el temerario un tímido parece
Que, juguete de fiebre aturdidora,
Se abandona á inquietud inenarrable
Y casi al par de los chicuelos llora.

Pero, bien pronto, su valor rehecho,
Anastasio habla fuerte: afianza el techo;
Y creyéndolo bien asegurado,
Se aproxima hasta el grupo horrorizado,
Montón de miedo que revuelve el lecho.

Allí están los pedazos de su alma:
Cuál, mudo de terror; cuál, sepultando
El semblante en las faldas de la madre

Y con angústia sin cesar llorando;
Éste, abrazado con la muda hermana,
Abre los ojos de terrores llenos;
Aquél, movido de indomable espanto,
Corre á la puerta, y de la puerta al grupo
Volviendo al punto, se deshace en llanto:
Mientras Manuela, consolando á todos,
Hace que hincados rezen los mayores
Pidiendo á Dios que el vendaval se calme.
En tanto en torno de la casa acrecen
Los iracundos soplos silbadores
Que cual monstruosos perros ladradores
El flojo rancho crujidor remecen.

VII

LOS RELATOS

Hay quien refiere que, en aquella noche,
Un peón que asustado se escondía
En el hueco de antígua vizcachera
Vió pasar junto á sí, volando, un coche:
Y el pobre amilanado creyó fuera
El carro del Demonio, que corría
En procura de gentes condenadas,
Por la turbia extensión de las llanadas
Que el iracundo ventarrón mordía...

Y refieren también de inmenso toro
Que, perdido el apoyo del rodeo,
Donde en masa las reses se amontonan
Y opuesta el anca al formidable oreo
Sus murallas vivientes escalonan,
Veinte veces se afirma y se levanta;
Y, con pechadas de violencia suma,
Veinte veces el viento, como á pluma
Lo trastumba y revuelve y lo desplanta.

De tal manera que después fué hallado
En un doblez del cañadón metido,
Reventado y deshecho y embutido
Como un bolsón de huesos retobado.

Por si tantas crueldades no bastáran,
Con un nervioso aletear palpitan
Las ráfagas que aullantes se disparan;
Y, cual si ciegas de furor gritaran,
Más con su propia irritación se irritan.

¿Por qué aumentando el huracán violento
El rayo atronador se descerraja?
¿Por qué iracundo pone fuego y raja
Al débil rancho que combate el viento?

¡Ay, del nido de amor! ¡Ay, del sagrado
Paraíso feliz, á un tiempo mismo
Encantador ejemplo y alegría
De la vasta planicie!...
En un momento
De la cumbrera hasta el sencillo asiento
El hogar, con el choque conmovido,
Se agita y bambolea...

Desunido
Por el poder del bárbaro elemento,
Se entrega á su merced: cruje; se inclina;
Y aplastado y torcido y desarmado,
Á derrumbarse con fragor empieza
Y á rendirse al turbión, pieza por pieza...
Al turbión que, implacable y soberano,
Revolviendo en lo alto el roto techo
Lo lleva, en un volido, largo trecho
Cual sombra negra por el negro llano.

Era el Pampero! Era el Luzbel maldito
De la sabana colosal. Le vieron
En aquella ave fúnebre encarnado,
Las gentes de una tropa de carretas
Que en el revuelto llano se perdieron.

Tal lo cantan del campo los poetas;
Tal lo teme el varón...
Con sus dos alas
Enormes como techos, recorría
Magestuoso el Pampero la llanura.
Eran sus ojos fuego en llamaradas
Que despedía chispas. Por instantes

Incendiaba los pastos crepitantes
Que tocaban sus alas desplegadas.
Y entonce más violento en su embestida
Llevaba por delante por doquiera
Galpones y viviendas y alambrados:
Mientras gritaba, rastrallando fiero
De su sonante carretón de acero
Los iracundos potros desbocados.

VIII

LA AURORA

4.

Una alba larga, límpida y serena
Del nuevo día el nacimiento anuncia;
Y otra aurora de horror, de llamas llena,
Sobre el lejano puesto del Pocito
La quemazón terrífica denuncia
Que, transmitida al pasto ya reseco,
Vá á cerrar, cual dos alas, su circuito
Del ancho arroyo en el profundo hueco.

El talar todo es humo y todo niebla;
Fosco manchón en torno le circunda;
Y, porque rauda la noticia cunda,
La luz, el campo y los espacios puebla.

Las gentes salen de la vieja Estancia
Al alero en tropel. ¿Es que alguién grita
La noticia fatal, ó es que en el aire
La catástrofe bárbara palpita,
Y se revela por doquier?

Al punto
Los hombres corren; sus caballos montan;
Y, enderezando al campo empolvecido
El ardor de los férvidos corceles,
Dejando van, sobre el gramal, tendido
Como un espeso tul que el aire ráe,
Ancho rejón de polvo, que fundido
Se aplana y quiebra, y se desgrana y cae.

Mas ¿qué es lo que á lo lejos han hallado
Las gentes, entre el pasto, donde apenas
Libres están del crepitante incendio
Sobre un negro cardal carbonizado?
Hablan; se agitan; dudan; se consultan;
Y empuñando el rendal de los bridones
Con tal violencia á un tiempo los detienen,
Que en el reducto de unos cortos pasos,
Sofrenados los firmes redomones
Rompen el trébol al clavar los vasos
Con ímpetu brutal.
Mas pronto en tierra
Los jinetes inquietos se amontonan;
Y descompuestos contemplar parecen
Una escena de horror, mientras los brutos

Del grupo de hombres de un tirón se zafan,
Y alzadas las orejas puntiagudas
Torciendo el cuerpo en escarceos piafan.

Los paisanos ocurre que no atinan
Con lo que habrán de hacer. Luego se alzan
Del lugar donde rápidos se inclinan,
Y un cuerpo de entre el pasto han levantado
Que, encima de un caballo acomodado
Traen hacia acá, pausada y lentamente :
Mientras se allega al humeante incendio
Del hogar, que entre llamas se adivina,
Otro grupo más tétrico de gente
Que, cual temiendo caminar, camina...

Desde entre el monte se adelanta un perro
Todo erizado: mensajero lúgubre
Del inmenso dolor...
Pára un instante
Junto al lugar donde la parva estuvo
Convertida en fogón por el incendio,
Y lanza al grupo su lamento aullante...

Nadie responde de la ardiente casa

Á la gente que llama...

Con asombro

Por entre el negro y agrietado muro
Que hendiera en dos el furibundo rayo,
Miran los hombres con mortal desmayo
Montones sólo de encendido escombro.

IX

LOS DOS VIEJOS

Triste la Estancia está.

Junto á su puerta,
En la quietud de la penumbra incierta
Que dá en las siestas el parral severo,
Al lloroso Anastasio le decía
Con acento patético y sincero
El anciano patrón, su compañero:
— Resignación! La vida es sólo un día;
No hay que apurarse por dejar el cuero;
Cuando el rayo de Dios te ha perdonado
Después de haber á un tiempo transportado
Tus hijos y mujer á mejor vida:
Aunque te haya en la tierra abandonado
Con la vista por siempre enceguecida,
Tú debes soportar la árdua sentencia
Y seguir, como todos, arrastrando
La fatigosa cruz. Vive luchando
Valeroso hasta el fin. En Dios espera;
Muéstrate siempre resignado y fuerte

Y así tendrás un regular balance
Cuando te venga á descargar la Muerte.

— ¡Ah, mi señor! — Responde el dolorido
Masticando el dolor. — Si mi querido
Montón de cuerpecitos me quedase,
Tal vez mis rudas penas se ablandaran
Y no tan fieramente me mataran...
Mas ¡ay! que las cenizas de mis hijos
El viento furibundo de los llanos,
El viento á quien jamás le tuve miedo,
Como restos sin dueño me ha esparcido:
Y hoy, ciego y débil, ni siquiera puedó
Las pavesas buscar que él ha barrido!
¿Porqué tan sólo me dejó la suerte?
¡Ay! Cuánto anhelo que mi vida acabe.
Pero... hoy, en vano quiere entrar la Muerte
En mi pecho de penas tan colmado
Que en él ni el bien de su sociego cabe...

Movióse lentamente, á su palabra,
El sensible patrón: llegó hasta el ciego;
Con la diestra temblante palmeóle;
Y se volvió á sentar.

Mirando luego
Si al enjugarse el llanto lo veían,
Con aparente calma respondióle:
— Nastasio ¿ qué has de hacer? Cristianamente
Conformarte procura.
El pobre ciego
Al escuchar sus frases tan sencillas
Inclinóse adelante. Entre la manos
La frente reposó; y en las rodillas,
De los chamúscos del incendio llenas,
Apoyando los codos, largamente
Con la cabeza descansó las penas.

— No me quejo de Dios, repuso entonces;
No me quejo de Dios, que me ha evitado
La agonía de ver con estos ojos
Convertidas mis glorias en despojos.
Mi desgracia, señor, aun no es tan fiera
Cual la del tierno guacho en la pradera
Á quien saca los ojos el carancho
Porque no puede defenderse... Á obscuras
También me arrastro como el ruín cordero;
Mas si lanzo el quejido lastimero
Que en la vacía inmensidad se amengua,

El pico del hambriento carnicero
No arranca á flecos mi sangrienta lengua
Porque escucho, al quejarme, el cariñoso
Acento de su voz, patrón querido,
Que del carancho vil del desconsuelo
Me tiene noblemente protegido.
Si esta extrañeza del no ver no fuera
Lo propio que un calmante á mi tormento;
Si el mismo peso del dolor que siento
Ansias de resistirlo no me diera;
Yo le juro, Don Juan, que me matara;
Y rotas de la vida las cadenas
Muy de una vez á mis cebâdas penas
Ganosas de dolerme las dejára. —

Hablaba así.
Su frase lastimera
Del patrón el consuelo se atraía
Como un aura de amor.
Dios, de la altura,
Contemplando la escena, bondadoso
Llovió resignación sobre el paciente.
Y después de pasarse muchos días
Entre inquietudes mil, y mil zozobras,

Que inspiraba Anastasio en su dolencia,
Restablecido de ésta, pero ciego,
Con dolor resolvióse en la familia
Enviarlo al pueblo en asistencia luego.

Y fué cual delirar febricitante
La silenciosa escena...
Impresionante
Era ver al magnánimo estanciero
Las lágrimas secarse, y la tristeza
Conque al puestero enfermo despedía
Para hacerlo asistir en el poblado
De aquel en sus pupilas asentado
Negro capuz.

Se obscureció el camino
Con el polvo que alzaba en la llanura
El carro que á Anastasio se llevaba
Como á un fardo viviente de amargura.

Un grupo de paisanos escoltaba
Hasta el linde del campo al peregrino
Cantor. El ala de sus ponchos agitados
Manchaba el llano con lucientes notas

Como suele, siguiendo los arados,
Tachonar los rastrojos roturados
El cardúmen flotante de gaviotas.

X

RESTOS

Cual pasan en el campo las jornadas
De indiferencia y de igualdad cargadas,
Disolviéndose el tiempo en el olvido
Largos años corrió; y al cabo de ellos
Anastasio aún vivía, aunque achacoso,
Allá en el Puesto en que jugara infante
Cuando lucía en nimbo radiante
La diadema de sol de sus cabellos.

¡Cuánta nieve cayó sobre su frente,
Después que á derribarla fué impotente
El furibundo rayo pampeano;
Y cuánta pena el corazón mordióle
Desde el instante en que el cruel destino
En el tormento de vivir dejóle!

En su ruda batalla, hora por hora,
Como cuervo que vá tras res enferma
Le siguió la desgracia roedora
Sobre esa Pampa que, desierta ahora,

5.

Para él ya estaba desolada y yerma.

Del dolor en el éxtasiscaída,
Absorta como garza pescadora,
Soportaba su alma la opresora
Granizada de penas de la vida.

Y miraba al pasado rencoroso
Como á un tormento horrible.
Sombra vaga
El que fué forma espléndida, moría
Con esa melancólica agonía
Conque la lumbre del alcohol se apaga...

Ya aquel bizarro pialador no era
Que, al enlazar de codo vuelto el toro,
Fundaba su arrogancia y su decoro
En esperar que el lazo se ciñera
En la misma raiz de las pesuñas;
Y, soltando la ronca carcajada,
Pegaba de repente el cimbronazo
Que despaldado en tierra lo tendía;
Mientras de furia y de dolor mugía
Al rudo golpe el colosal torazo;

Y en el aire las patas revoleaba
Por la ancha nube luminosa envuelto
Del seco polvo que cayendo alzaba!

Ni aquel que en simple aspiración modesta
Nunca aprendió á leer: mas que en la lumbre
Reverberante de los graves astros,
Leía el rumbo que los falsos rastros
De la extraviada tropa trashumante,
En el mar sin riberas de gramilla
Hiciéranle perder por un instante.

Ni el que supo escribir á su manera
Cuando en las viejas islas misteriosas
Tánta noticia gráfica ofrecía
Á la errabunda población matrera!
Pues, tendiendo un seibo en la picada
Les decía: — No pasen, compañeros,
Porque anda la patrulla desatada
Como jauría atrás de los isleros.
Y acomodando un trapo que flotase
En la copa de un árbol de la loma,
Les decía á los pobres escondidos: —
Ocúltense que la partida asoma.

Ni el que, amando la ley sin conocerla,
Si en las maciegas del pajal remoto
Hallaba, en sus nutriadas fatigosas,
Tendido bajo la alta lechigüana
Un gajo de árbol al intento roto,
Sin tinta ni papel, con fé más pura
Que la que otorgan leyes y escribanos,
En la rama veía la escritura
Que daba antelación á sus hermanos.

Ni era aquel hombre el domador salvaje
Que en el vértigo horrendo de la doma,
Entre saltos, carreras y empellones,
Dejaba le flotase el suelto traje
Como flotan al viento los pendones
De una nave que hiende el oleaje.

De aquella bestia humana, tan hermosa
Que los trabajos del corral templaron,
Quedaba sólo el mustio campesino,
Jirón de carne, fugitiva esencia
De un sér por las penurias abrumado;
Capaz apenas contra el mal destino
De elevar la protesta silenciosa

De quien se deja andar por la existencia
Con inconsciente estolidez de cosa...

Por la vejez agriado y por la lucha
Su excelente carácter, conservaba
Diluídas en hiel sus condiciones.

De crueldad rara mezcla y de blandura,
De suspicacia amarga y de inocencia,
Encontradas pasiones cambiantes
Cruzaban por su espíritu, agitadas
Cual van por cima de las patrias lomas
Las águilas sangrientas desbandadas
Y, por su misma timidez juntadas,
En multitud las cándidas palomas.

Era como ave de rapiña, sólo,
El impulso bestial... Mas ¿quién alcanza
Á contar las bondades y cariños
Del corazón aquél, rudo á los hombres
Y tutelar y dulce con los niños?

Por eso respetaban todavía
Del anciano puestero los iguales

Su terneza y valor, que él repartía
Como reparten gracia y armonía
Inconscientes calandrias y zorzales.

XI

LA VISITA

Una siesta, en la paz del seco estío,
Se encontraba Anastasio silencioso
Á la sombra del rancho.
Á la serena
Llanada que se extiende indefinida,
Miraba, como mira quien la vida
Toda mira al través de una honda pena.

Un penacho de polvo; otro, que se alza
Á poco, más cercano, lentamente
Le llaman la atención.
¿Es por ventura
El malón de los indios?
No; la gente
Que viene empolveciendo la llanura
Muy poca debe ser...
Al fin distingue
Á los raudos jinetes que, á lo lejos
Parece galoparan sobre espejos

Al transponer la brillazón. Es uno
Un gaücho asistente; y es el otro
El robusto estanciero Bastarrica
Que desde el lomo del humeante potro
Gritando: ¡ Ave María! se adelanta
Ojeando la heredad.
Mudo de pena
Anastasio, al mirar al noble anciano
Que más que su patrón era su hermano,
Sin siquiera el alivio de las lágrimas,
Con la expresión de desalientos llena,
Salió á su encuentro. Le tendió la mano;
— Dios lo guarde, Don Juan; pase adelante —
Exclamó con magnífica entereza,
Y levantó, al decirlo, la cabeza
Componiendo á hurtadillas su semblante.
Y acercando al reparo del alero
Cierto banco de forma extravagante
Agregó con acento lastimero:
— Aquí tiene una silla; es pobre, pero...
Usted sabe patrón que su Nastasio
Es solo rico de dolor...
Y crea
Que también esta casa, pobre y fea,

Ayer no más me pareció un palacio.

— Más que un palacio para el hombre vale
La casa donde hay hombre! — el estanciero
Con tono de sentencia cariñosa
Contestó á las palabras del puestero.

El gaücho infeliz vibró de pena
Del patrón á la frase tan clemente;
Y desde el alma, de recuerdos llena,
Su queja desbordó como una fuente
Inagotable, límpida y serena...

— Con mis pobres gauchítos ¡ Dios los haya! —
El desdichado en su dolor decía —
Y Manuela, que tanto les quería,
El rancho, en aquel tiempo nuevecito,
Le aseguro, Don Juan, que se me hacía
El mismo cielo del Señor Bendito!
Por eso al verme con la vista buena
Quise volver para habitar el puesto
En que mis horas dulces resbalaron,
Como ese arroyo corredor y puro
Donde mis tiernos hijos se bañaron.

Mas ya el deseo, ¡que maldito sea!
De ver mi rancho y mi corral queridos
Transformado en dolor, poquito á poco
Parece que en matarme se recrea.
Hoy pienso que soñé.
                Creo visiones
De la vejez las penas que me agitan
Como una maldición...
                Ora imagino
Que todo igual está. Que los muchachos
Cual antes bullangueros, vivarachos,
Entre las matas del hinojo gritan;
Y que Manuela se adelanta, triste
Como una grave aparición nocturna
Moviendo la silueta taciturna
Que la ámplia falda de merino viste,
Tal como en vida...
                La ilusión á veces
Es tan completa, que á los niños reto;
Y hasta se me hace que les pego el grito
Con eso se sociegan los pelones:
Los que á mi voz escapan callandito
Á ocultarme el temor por los rincones
Como antes... ¡Ay! — Enmudeció un instante;

Suspiró; se movió; sonrió y girando
El cuerpo hacia la quinta abandonada,
Siguió diciendo:
— ¡Lo que el tiempo oculta
Nunca se vuelve á ver! La muerte helada
Aún menos que los años nos sepulta
Cuánto el destino se llevó.
En otrora,
Donde ese agreste biznagal se envicia,
Cansaba, las gallinas mi Manuela
Rastreándolas los huevos. Hoy, alzadas
De los nidales que la higüana asuela
Y del corral abandonado huídas,
Tal vez las ha dejado alborotadas
Al pasar su alazán por las quebradas
Donde andan, hace tiempo, guarecidas.
Ya no vuelven toditas cacareando
Á buscar desperdicio de maíces,
Como tranquilas se acercaban cuando
Junto al brocal mi pálida negrita
Se pasaba las horas machacando
El grano tierno para hacer humita.
¿No las ha visto usted? Como perdices
Sobresaltadas vuelan y se esconden;

Y al agudo cencerro no responden
De entre los sauces y los viejos talas,
Viniéndose cual antes contrahechas
Al correr enredándose en las alas. —

Y entre tantas tristezas, como sale
Vívido el sol á veces entre nubes
Que encapotan el cielo, una memoria
De la antígua grandeza apunta al labio
Y pone en él como un sabor de gloria.

— ¿ Se acuerda, mi patrón, cuando á ocasiones
Hasta la Estancia grande me llamaba,
Y, decime, Garay, me preguntaba,
Aumentan los borregos del Pocito?
Cuando yo, silencioso, le tendía
La tarja aquella de señales llena
En donde un corte nuevo no cabría,
Hasta el fondo del alma se me entraba
Tan de una vez tan linda la alegría
Que, al Dios del cielo de testigo tomo,
Al decir que mi suerte no cambiaba
Por la del más ricacho mayordomo!
Hoy ya no sirvo para nada, y nada

Puede aplacar la pena de que muero:
Como res de epidemia abandonada
Ya no hay, patrón, ni que guardar mi cuero.

¡Quién iba á suponer, al ver la dicha
Iluminando á plena luz mi frente,
Que fuese á hincarme el afilado diente
Con tanto ensañamiento la desdicha!

— Dejá recuerdos del sufrir, Nastasio,
Le respondió el patrón y canta un triste
Que hace tiempo no te oigo...
Iba el puestero
El pedido á colmar del estanciero,
Cuando éste le contuvo por el brazo,
Diciendo:
— Te envejeces cada día
Porque no quieres consolarte.
Es tiempo
Que ya el dolor de tu dolor se aplaque
Y entibie á tu alma el sol de la alegría.

— Mire patrón, el Payador repuso,
Más bien que mezquinarle á mi tristeza

Mis horas de vivir, preferiría
Verme de nuevo en el horrible instante
En que todo mi hogar se hizo pavesa...
Como el carao, que aprendió en la cuna
A lamentar su eterno desaliento,
Deje vayan mis quejas, una á una,
Poniendo de mis horas sin fortuna
La angústia amarga sobre el vago viento...

XII

ANHELO

6

Tal lloraba sus penas el anciano...
Y el sensible patrón, puesta la mano
En la frente blanquisima, á hurtadillas
Enjugábase el llanto, que corriendo
Por la agrietada piel de las mejillas
Se iba en su barba de Moisés perdiendo...

Entre tanto, á sus quejas, Anastasio
Desahogándose el alma daba vuelo;
Y con los ojos sin visión seguía
Como clavados en el límpio espacio;
En donde, sorda del humano al duelo,
La indiferente claridad reía
Ostentando la bárbara alegría
Conque escarnece al desdichado el cielo.

Bregador cuyo cuerpo fatigado
El cansancio y los años derruían,
Por la faz, como arada, le subían
Del recóndito seno acongojado,

Arrebatos de sangre emponzoñada
Por el largo penar. Tan honda saña
El alma lentamente le partía;
Y esta lucha interior, á cada instante
En nublado fatídico tendía
Sombrajes de martirio en su semblante.

Si en su vida de indómito campero
Nunca, hasta entonces, le rindió el quebranto,
Fué porque aunó en su espíritu altanero
Del trovador y el hosco montonero
Las iras prontas con el fácil llanto.

La suelta barba sobre el débil pecho
En espumas de plata se volcaba;
Y el espeso bigote sombreaba
La boca aquella que, al verter su angústia,
Las humanas miserias sublimaba.

Un suelto chiripá, ya muy raído;
Flotante chaquetilla que fué negra;
Botas de potro que los rudos dedos
Acostumbrados á estribar mostraban;
Y un sombrero aliancho y desteñido,

Con el pañuelo que ajustaba el cuello,
La antígua vestimenta completaban
De mejor tiempo y de otra edad destello.

Los ojos pardos: apagados ojos
Vueltos á la visión tardíamente,
Dijérase que estaban columbrando
Á la Muerte por él tan esperada,
Que pasaba á lo lejos, desdeñando
Tan luego al triste que la vá llamando
Como á una redentora codiciada.

¡Ah! Si podido, el miserable, hubiera
Contrariar el dictado del Destino
Y atraer á la sorda segadora
Del eterno descanso mensajera!
¡Ah! ¡Si salirle al medio del camino
Del camino larguísimo pudiera!

La pena, más que el tiempo, con sus uñas
Le agrietaba la faz.
Los gruesos labios
Pendían ya sin jugo; y la osamenta
Que, como á flor de piel aparecía

Se dijera se estaba desprendiendo
De la humana y gastada vestimenta
Que aquel carguero de dolor cubría.

XIII

LA ORACION

Es á veces el hombre como el ave
Que, tomada de adulta prisionera,
Desahogarse con cantar no sabe.

Si de la carcel de oro en que agoniza
Escucha algún reclamo en la pradera,
Se explica la inquietud que la consume;
Mide su esclavitud, cantar ensaya;
Y á medida que su ansia se precisa,
Más su incurable desazón se atiza
Y más su cruel agitación se explaya.

Por eso el viejo, como aquel que eleva
En holocausto á Dios su desventura,
La profunda mirada llevó al cielo
Poniendo su dolor, todo, en la altura;
Después cediendo al habitual pedido
Del patrón condoliente, con desmayo
Trémulo alzó del polvoroso suelo
La guitarra á su alcance abandonada;

Y la Oración intensa y desolada
Como un desgarramiento batió el vuelo:

*
* *

Quisiera poder morir,
Porque es inmensa mi pena:
Porque tengo el alma llena
Del cansancio de vivir.
Ya más no puedo sufrir
Y el ansia devoradora
Se me aumenta á cada hora
Con cuanto palpo y advierto
En este rancho desierto
Que pobló mi dicha otrora.

Cuando de intenso placer
Mi corazón palpitaba,
Y mi vida duplicaba
Con su vida mi mujer;
Cuando veía correr,
Llenos de inocente anhelo,
Á mis hijos, como en vuelo
De bullidora alegría,

El alma se me vestía
Todita color de cielo.

Dios que miras de la altura
Y que dichoso me hiciste,
¿Por qué me dejaste triste,
Sólo, en tan honda amargura?
Llevaras con mi ventura
La vida que me has dejado,
Y no me viera obligado
Como el cordero sencillo,
Á estar lamiendo el cuchillo
Que á su madre ha degollado.

Yo no me debo quejar
De tus santas decisiones:
Pero dame lagrimones
Siquiera conque llorar.
Ó acábame de matar
Y no me tengas rendido,
Destrozado, envilecido,
Muerto y remuerto en el alma,
Y sin obtener la calma
Que el difunto ha conseguido.

Cuentan que oyes la plegaria
De quien te sabe implorar...
Muy mal debo de rezar
Ó ha de ser más que nefaria
Mi culpa, pues necesaria
Para llegar á tu oído
La voz del dolor me ha sido:
Y los ayes del tormento
Aún no alcanzan con su acento
Á conseguir lo que pido.

¿Por qué, mi pena sentida,
¡Resignación! no conllevas?
¿Por qué ¡Memoria!, te cebas
En amargarme la vida?
Donde está su luz querida
De una vez vaya el paisano...
Que, al cabo, no es tan temprano
Para que abandone el suelo
El que hundido en sombra y duelo
Un siglo quejóse en vano...

Cuando envuelto en noche obscura
En el Hospital cantaba,

Sentía que se calmaba
Con ello mi desventura;
Mas hoy su maldad apura
Mi enconado sufrimiento,
Y hecha piedra el alma siento
Que no se quiere arrancar,
Pretendiendo eternizar
En la tierra mi tormento.

Quisiera morir cantando
Como murió Santos Vega:
Y que me fuese llorando
La noche que al pasto riega
Con su relentito blando...
Mas por aumentar mi duelo
Acaso iracundo el cielo
Me destine ¡oh, vil quebranto!
Á engordar de un campo santo
De pueblo el odiado suelo.

Como no temo al resol
Entiérrenme en las barrancas
Donde dá de lleno el sol:
¡Que lo vea en su arrebol

Sonrosar las puntas blancas!
Ponganme de cara al viento,
Al resecante y violento
Pamperazo tan querido,
Para que mi último aliento
Lleve al campo en que he nacido.

Que sobre estos verdes prados
Y en los soplos de las brisas
Vuelan las tíbias cenizas
De mis seres adorados;
Y por ellas abonados
Los trebolares floridos
Palpitan con los latidos
Del corazón de este pecho,
Y me aguardan como un lecho
Lleno de ensueños perdidos.

Cuando en las tardes como ésta
Oiga, patrón, el lamento
De las ovejas, que el viento
Se lleva de cuesta en cuesta,
Piense que yo ando de fiesta
Cobrando los descariños

De la ausencia de mis niños
Y de mi mujer perdida:
Y que recobré la vida
Al recobrar sus cariños.

Y cuando vea pasar
En la aurora, esos celajes
Que simulan oleajes
De algún misterioso mar,
Diga que debo de andar
En sus tules cobijado,
Acariciando el ganado,
Revolcándome en el suelo,
Y respirando el consuelo
De ver mi campo adorado.

Al brillar del claro día
Nunca, patrón, ha de ver
Á mi espíritu correr
En busca de la alegría.
Profunda melancolía
Amarró con sus cadenas
Á mi sér todas las penas
Que en el mundo nos acosan:

Busquen la luz los que gozan;
Yo busco las sombras plenas.

Cuando el húmedo aire lleve
Al bañado misterioso
El relente luminoso
Que sobre el pasto remueve,
Diga que mi alma se embebe
En la inmensidad callada,
Y pasa, como extasiada
Pasa el ave nocturnal,
Despertando en el mortal
Como una inquietud sagrada.

Y deje ¡por Dios le pido!
Que paste sobre mi losa
La majada cariñosa
Que mi pena ha compartido.
Y cuando se halle tendido
Sobre el verde gramillal
Su blanco y moviente chal,
Diga usted, patrón, despacio:
El pobre viejo Nastasio
No la cuidaba tan mal.

Y tú ¡Dios! á quien mis llantos
No alcanzan á conmover:
Tú, que puedes atender
Y satisfacer á tantos,
Haz que cesen mis quebrantos.
Mas si tu bondad desea
Que consagrado me vea
Á sufrir eterno duelo,
Cúmplase y bendita sea
En la tierra y en el cielo.

*
* *

Cual las gramillas con la flor morada
Y las festucas, de consuno brotan
Donde la parva estuvo, en la ranchada
Habitaban también otros dos seres
Con el mústio cantor: el torpe Fruto,
Gran montaraz valiente, que tenía
Una alma de ángel en la piel de un bruto,
Y el muchacho Basilio.
Ambos, oyendo
Del callado sopor de la cocina
Las coplas del anciano, lentamente

Al alero del rancho se acogieron;
Y juntos, y en la tapia recostados,
Después de saludar muy respetuosos
Al callado patrón, atentamente
Quedáronse escuchando emocionados
Del Payador la cántiga doliente,
Que llenaba de un eco de sollozos
La entristecida calma del ambiente.

XIV

FRUTO

Para el ingénuo Fruto era Anastasio
Hombre de más allá: sér misterioso;
Y á pesar que al fulgor de la pajuela
Su largo cuerpo descansar veía
Sobre el catre infeliz, más de una noche
En que extraña inquietud le tuvo en vela,
Creyó ver que Anastasio transmigraba
En cierta débil luz fosforescente
Que allá, junto al camino, intermitente
Como azufrado cirio flameaba.

Ó en la ansia nocturnal, cuando el Pampero
Bate á ponchazos la extensión turbada
Por su tropel desordenado y fiero,
Carona por el viento arrebatada
Que, tropezando por los pastos cruza,
Imaginó que el Payador Nastasio
Recorría con alas de lechuza
La obscura inmensidad...
Y si callados,

En la enramada rústica, sentados
Sobre cráneos de vaca los dos viejos,
Cual si fueran recuerdos que pasaran
Por sus memorias, deslizar veían
Las desteñidas nubes que á lo lejos
Del horizonte en el confín se hundían,
Convertía el buen Fruto de repente
Sus ojos al cantor; y al verlo quieto
En igual actitud, siempre á su lado,
Cual si de él le dijeran un secreto
Que inspirára pavor, muy largamente
Se quedaba observándole aterrado.

Y era que de la tarde el són doliente
Lo confundía Fruto con el canto
Del Payador empero silencioso.
Y este misterio le inquietaba tanto
Que, hasta en sueños, turbábale el sentido
Alterando la calma de la siesta
Con la incesante sucesión molesta
De un eco entre montañas repetido.

¡Influencia del dolor que nos atraes;
Influencia del dolor que nos alejas:

Contagio del sufrir que el alma raes
Con la ventisca amarga de tus quejas!
¿Por qué la hiel de tu nubloso encanto
Turba de Fruto el vegetar sereno?
¿Por qué si estaba escento de quebranto,
Se ha de angustiar con el ajeno llanto
Su corazón á la dolencia ajeno?

Santa comunidad del sufrimiento,
Templas al fuerte, angústias al mezquino...
¡Nunca logre barrerte en mi camino
Del egoismo ignominioso el viento!

Desconociendo Fruto la grandeza
Del infeliz campero, que agotaba
Un tan largo sufrir, con entereza,
Sin cesar de su lado se alejaba.
Y si en otrora se le vió clemente
Dando consuelo al mísero anciano,
Con él manifestóse de repente
Blando y duro à la vez.
Pues hay momentos
En que aquel que con llanto nos repele
Con llanto á su dolor nos encadena:

Que, más que el goce, encariñarnos suele
La ebriedad excitante de la pena.

El compañero, compasivo otrora,
Se acostumbró á reir del infortunio
Del mísero Anastasio.
Su amargura
Le arrancaba sangrientos dicharachos;
Y, como hacen traviesos los muchachos
Con el amado perro, lo hostigaba
Hasta el momento en que el paisano erguía
La altiva frente de expresión serena:
En frase, entonces, de dulzura llena
El buen Fruto sus chanzas convertía.

Nunca quiso vivir en otro Puesto
Su vida de agregado:
— Es el vïudo
Dificil relación — decir solía; —
Pero me atrae... no sé... me causa gracia
Ver al hombre luchar con la desgracia,
Como lucha la fiera comadreja
Á quién el perro con furor sacude
Sin poder arrancarla de su oreja.

De la tierra en la cruel filosofía
Todo tiene un porqué; todo se enlaza
Y concurré á algún fín: la débil hoja
Que nos siembra el camino en que pasamos
Como con un augurio de congoja;
La inmensa mole, que, encumbrada un día
Sobre el picacho que horadaba el cielo
Del nómade era asombro y era guía,
Y que hoy derruida, abonador derrumbe,
La erial ladera de fermentos dota:
Lo que cáe; lo que se alza; lo que flota;
Lo que se arraiga, y lo que en torno impide
Al viajero avanzar ó al pensamiento —
Á éste en los campos de la mente ignota
Y á aquél en tierra, ó en la mar, ó el viento —
¡Todo á tu augusta lógica coincide
Oh, gran regulador, oh, Dios, obscuro
Á la razón, mas claro al sentimiento;
Que á los orbes sin fín prestas asiento,
Y ante el orgullo humano alzas el muro
Infranqueable y fatal del escarmiento!

De Fruto la maldad, también servía
Al cabo de consuelo... Largas horas,

Con la burla constante, de su pena
Aliviaba al cantor el agregado:
Tal distrae al reclamo que enjaulado
Canta llorando su cruel condena,
El ver la mano que apercibe y mueve
Junto á su jaula, el maldecido cebo
Que hará víctima incauta del hermano
Preso en las redes de la trampa aleve
Donde él cayera en tiempo no lejano.

XV

LA BLASFÉMIA

Así que el estanciero Bastarrica
Con su asistente, el rancho hubo dejado,
Anastasio, Basilio y el buen Fruto,
Sentados en la rústica enramada
Quedaron pensativos.
Abrumado
Con la grave emoción que la llanada
Pone en el alma criolla, el estanciero —
Que enfilaba el caballo hacia los montes
Los cuales á lo lejos le mostraban
El amor y el hogar que le esperaban —
Al volver lentamente la cabeza
Apoyada la mano en la montura,
Á los tres hombres tristes percibía
Que el crepúsculo pálido envolvía
En cerrazón de transparencia obscura.

Á los breves momentos de camino
El gentil estanciero, emocionado

Mandó se adelantara al campesino,
Que al trote del caballo y retrasado
Como su misma sombra le escoltaba.

No era la sociedad lo que dañaba
Los pensamientos del patrón. Venía
El peón campurriano muy callado;
Pero de Bastarrica impresionado
Todo en gran malestar se convertía.

Anhelaba encontrarse frente á frente
Con sus amargos pensamientos sólo
En momento tan íntimo.

Y al paso
Del caballo, que tardo á la querencia
Con pesarosa lentitud marchaba,
En las dormidas brumas se esfumaba
En coloquio con Dios y su conciencia.

La tarde descendía.

Era el momento
Que hace ondular, en las campiñas solas
Al alto pasto el refrescado viento,

Con ese perezoso movimiento
Conque el aura del mar barre las olas.

Y por que fuese la visión completa
Del misterioso mar imaginado,
Como esquife en las ondas extraviado
Deslizábase en blando balanceo,
El dorso por las nieblas ensanchado,
Alguna lenta y achacosa vaca
Que, venciendo con pena su indolencia,
Ganaba tardamente la querencia
Envuelta en tules por la bruma opaca.

Hora de comunión de sentimientos
En que, hasta el alma á la piedad rehacia,
Escucha en el mutismo de la selva
Ó en el llano sin voces, los lamentos
Que arranca á cuanto vive la desgracia
Con su escozor de humanos sufrimientos.

El poder de tal ansia compasiva
Le penetró en el pecho al estanciero
Que, herido del horror de lo futuro,
Sintió una sed de llanto intensa y viva:

Cierta ansiedad de eliminar el duelo
Que germinaba en el maldito suelo
Como áspera simiente vengativa...

Sintió deseos de volcar su alma
En la asociante urna del espacio,
Y de trocar su deleitosa calma
Por la tortura inícua de Anastasio...

Un ódio á la injusticia de la tierra
Le sublevó el espíritu.

Improviso
Sacrílego hasta el cielo en són de guerra
Los ojos levantó.

— ¿Por qué inclemente
¡Oh, Dios! inícuo Dios... — clamó iracundo —
Pones á cada instante tan patente
El azar conque riges este mundo? —

Mas de pronto, el blasfemo, cual sumiso
Bajó la vista, abandonó la frase
Y la frente humilló...

Sintióse opreso;

Su valor en espanto se deshizo
Y el espanto á sus labios trajo el rezo.
Lo que se vió en silencio rodeado
Por el profundo cielo constelado
Pensativo, abstraído, reverente
Cual si estuviera orando embelesado
En la solemne calma del ambiente.

Y la noche vertía generosa
Su molicie calmante sobre el llano;
Cual si dentro de la urna esplendorosa
También batiera un corazón humano.

Y con aquella lenidad sagrada
Que cayó, de la lumbre de los astros
En la fuente del alma apaciguada
Del viejo militar, como un relente,
Borráronse de pronto hasta los rastros
De la blasfema rebelión pasada
Que levantó sacrílega su frente.

Con el sordo moverse de una sombra
Le llevaba en silencio su montura
Sobre la espesa aljofarada alfombra,

Que rayaban, volando á la ventura,
Luciérnagas de plata chispeantes,
Cual si volcasen por la Pampa obscura
Las estrellas su polen de brillantes.

Al cabo, sólo, se encontró consigo
Apoyado en la cruz de su caballo
En medio de la Pampa misteriosa:
En tanto que, penumbra luminosa,
Allá por el naciente aparecía
El alegre esplendor del nuevo día
Vertiendo polvos de marfil y rosa...

XVI

LA SOMBRA

Se corrían los años...
Y los años
Emparedado en su dolor, pasaba
Anastasio en tediosa soñolencia
La igualdad de su mísera existencia.

Sombra del buen trabajador que un día
Fatigó á los más fuertes y hacendosos,
En indolente vegetar vivía...
Toda al buen Fruto la labor dejaba:
La atención del ganado; su cuereo;
El poner el asado diariamente;
Y el sembrar el maiz de mazamorra
Que doraba el verjel.

De tarde en tarde
Despertando al quehacer, miraba al campo
Con distracción atenta; y si veía
Que, en la reciente y baladora cría
De las ovejas, el voraz carancho
Algunas presas de valor hacía,

Ensillaba el corcel, y bajo el denso
Bochorno del ambiente silencioso,
Se hundía en el sopor del llano inmenso.

¡Mundo abierto doquier!
Tumba infinita
Para enterrar su desazón buscaba;
Y sin pensar que al campo le llevaba
La grave obligación, días y noches
Como un fantasma, en su inconsciencia erraba
Á merced del caballo.
Era de verse
Cómo, entonces, lucía sobre el cielo
Su adusta aparición!
Primero un punto
Que con el sol pristino radiaba:
Luego un jinete de oro que surcaba
Con su dorado potro reluciente
La humeante brillazón, en la ágria siesta
Empapada de luz, nube en la tarde
Que en la extensión grisásea se esfumaba,
Y entre la calma de la noche obscura
Dormida aparición que, lentamente
Se movía sin tino...

Allá en la altura
Cual jirones de niebla se cernían
Las aves de la sombra encima de ella:
Y, sin dejar en las tinieblas huella,
En bandadas atónitas huían.

Tan sólo los valientes teruteros
Con sus alas de garfio, amenazando
La enfebrecida frente del gaücho,
Cual latigazos la extensión cortaban,
Voces de enojo al asaltarle dando...

Y como trapos grises en rasgones,
Los cuellos desgonzados retorciendo
Porque hacia atrás medrosos le miraban,
Los mudos y sombríos lechuzones
Sus ojazos de vidrio revolviendo
En las muertas tinieblas resbalaban:
Mientras que allá á lo lejos, en la angústia
Conque duerme el bañado en sus misterios,
Al sentir las bandurrias que pasaban
Pues de la adusta aparición huían
Como almas del silencio entre las sombras,
Ganándose en las pajas prorrumpían

Los caraos en gritos lastimeros,
Que los ecos prolíficos volvían
Lentos, contínuos, agrios y severos...

XVII

EL AVISO DE BASILIO

Frente á la Estancia que el albor pristino
Con sus rosados resplandores dora,
Más veloz que la luz de la alborada
Que trueca las campiñas en espejos,
Un día apareció de madrugada
Basilio, el largador de la majada,
Dando á su potro riendas á lo lejos.

Era Basilio un niño caviloso
De faz de cobre y elevado pecho
Mirar de liebre y proceder de oso.
De dientes blancos, que jamás mostraba
Porque, aunque chusco, no reía nunca;
De cabello embardado, que peinaba
Con la aguzada punta del cuchillo;
Y que al andar, pesado, se enredaba
En el ancho y cribado calzoncillo
Lleno de abrojos y de duro fango:
Lo que el desgarbo peculiar le daba
Que dan sus patas tuertas al chimango.

El chico que á Anastasio, en el rodeo,
La existencia salvó, dando en el toro
Que iba á alzar en sus astas al paisano,
Con el pretal de su caballo moro
Pechada de tan loca arremetida
Que, de resultas de encontrón tan fuerte,
Al compañero le sacó con vida
Y á toro y potro les causó la muerte.

El guacho, en fin, que en el gramal nacido
Como nace en los prados el cordero,
Ni lloró de sus padres el olvido
Ni tuvo, por la vida entorpecido,
Más ambición que tachonar el cuero
De su lujoso tirador pampeano
Con más monedas, que en el cielo estrellas
Mira quien cruza por la noche el llano.

Apeóse el muchacho en la enramada
Y cuanto vió al patrón le fué diciendo
Con voz más de temor que acongojada:
— Venga pronto, Señor, que Don Nastasio
De juro que esta vez se está muriendo.

XVIII

LA MUERTE

Montó á caballo el noble campesino;
Y como viva ráfaga de viento
Fué levantando el polvo del camino.
Y dejando á su espalda la distancia
Llega, penetra en lo interior del rancho,
Donde Anastasio el Payador, veía
Duplicarse sus males con el ansia
De la cruel lentitud de su agonía.

— ¿ Tienes algo, Anastasio ? — aquel sensible
Y puro corazón, le preguntaba
Al campero infeliz. — ¿ Qué ha sucedido ?
¿ Has recibido un golpe ? ¿ Cómo ha sido ?
¿ Por qué de tu dolor no has avisado
En el primer momento ?

Le miraba
El muriente cantor con esos ojos
Conque siempre la mano le besaba
Al escuchar su voz agradecido.

Y en tanto que de lo íntimo del pecho
La náusea de la muerte le subía,
El paisano muriente respondía:
— Molestarlo, patrón, ¿con qué provecho?
¿No vé? Si al cabo me llegó la hora
De ir á ver á mis hijos y á la vieja:
Que á mi alma fieramente sufridora
Libra al fin Dios de su dolencia añeja!

Resignación sublime á los dictados
De la alta voluntad!
Como un profeta,
Con los albos cabellos desgreñados
Y la nevada barba sobre el pecho,
Trémulo de fatiga, el peón erguía
Iluminada la serena frente
Cual llevando á lo lejos la mirada
De complacencia y de quietud cargada,
Al apartar cansado el pensamiento
De la lucha diaria.
La partida
Pagaba con su dicha de un momento
Las eternas penurias de la vida.

Moría el Payador, cual misteriosa
Muere la lumbre de los fuegos fátuos
Que él tomó por las almas de sus muertos;
Para los cuales, aunque ciego, tuvo
Los ojos, siempre, del recuerdo abiertos.

Ni la más leve agitación. Ni una
Convulsión penetrante de agonía
El largo cuerpo sacudió.
                    Un instante
Fijos los ojos en el techo obscuro
Pareció que hondamente agradecía
La bondad del Señor...

                    Después, ya muerto,
Se quedó cual soñando en lo futuro,
Y se asentó la paz en su semblante
Como celeste bendición.

                    Entonces
Se dijera que el cuerpo respiraba
Otra vida más dulce:
                    El gran silencio
Daba á la escena sencillez sublime.

Ora en el patio hablaban los peones;
Ora en la yerta estancia penetraban;
Y con ellos, en tales ocasiones,
Como aves, todo el ambito inundaban
Parpadeos de sol.
El sol cundía
En ondas de oro derretido.
Augusta
Y solemne visión.
El áureo ambiente
Se espesó; se fundió; capilla ardiente
Formó del triste rancho que lucía
Cual de una iglesia iluminada el coro.
Á su gran resplandor y de improviso
Se engrandeció el cadáver; los hachoches
Se diría que en torno fulguraban
Y que gemía el órgano sonoro
Conocido de Dios; suntuosa grana
Al poncho reemplazó; y en un momento
El más brillante ritual magnífico,
Simuló el esplendor de la mañana
Derramando su pompa soberana
En el desnudo y mísero aposento.

Era que con la luz de la pradera
Entraba de la turba de las aves
Aflautada la cháchara parlera,
Cual si quisieran dar la despedida
Acompañandole á dejar la vida
Al pampeano cantor.

Los hombres, graves,
Callaban en redor del fallecido
Recostados un punto en las paredes
Cual manchas de la luz.
Al frente de ellos
En insensible postración caído,
Silencioso el buen Fruto, abotagado,
Más torpe y achacoso por la pena
Que lo era de habitual, quedó clavado
Junto al catre del muerto.
Atentamente
Como sin comprender aquel misterio
Lo contemplaba. Le encontró la siesta
Fijo allí, caviloso y pensativo
En la misma actitud : como hecho piedra
Para siempre jamás. Acompañaba
Al hombre que temió, que amó. Mas tarde

Cuando el sol en el llano se enterraba
Tiñendo toda en sangre la laguna,
El corpachón sobre el bagual torcido
Anduvo Fruto un día y otros varios
Vagando por los campos solitarios
Cual si algo hubiese por allí perdido.

Y Basilio, más que antes silencioso,
Por ocultar á su señor la cara
Enternecida, al cabo le mostrara
Un semblante á la vez hosco y lloroso,
Si también cierto velo vaporoso
Del buen patrón los ojos no empañara.

Y cuando muda se inclinó la noche
No gritó la lechuza á la distancia,
Ni la luz mala su radiante broche
En torno paseó. Que junto al catre
Del fallecido, el noble Bastarrica,
Rodeado de las gentes de la Estancia —
Esos rudos y férvidos varones
Á toda fé y benevolencia abiertos —
Parafraseó las santas oraciones
Que brotan de los simples corazones

Por el reposo eterno de los muertos.
No, como en los velorios de los niños
Que se ven en las vastas soledades
Del ancho campo de la patria mía,
La guitarra sonó; ni las parejas
El gato, repicante de alegría,
Ó el malambo, bailaron en contorno
Del cuerpo helado.

Silencioso, austero,
Rodeándo el cadáver, triste grupo
Se veía. ¿Eran séres; eran cosas?
En cabezas de vaca, en los recados
De montar, en los bancos de madera,
Se alcanzaban á ver reconcentrados
Taciturnos, inmóviles, suspensos,
Gaüchos y mujeres como sombras
Que otra sombra velasen. Se creyera
Luces de fuego fátuo, las que ardían
Aquí y allá, chorreando, en candeleros
Hechos del blanco hueso aserruchado
Del caracú, y murientes se veían
Ahumando las paredes ó lanzando
Grumos de sangre y tinta.

Una muchacha
Melancólica, larga, soñolienta —
Muy semejante á la que fuera un día
Maruja, arrebatada cual se sabe,
Como arrebata la feroz tormenta
Con su familia y con su nido al ave,
Para siempre jamás, — medio flotando
Más bien que caminando, lenta y grave,
Iba en silencio repartiendo el mate;
Y su saya, que á intervalos lucía
Entre los oscos grupos de paisanos,
Era tan sólo, con sus finas manos,
Cuanto en el muerto ambiente se movía.

XIX

LA TAPERA

Anastasio el cantor de la llanura
Espiró cual viviera.

El buen paisano
Fundido en tu silencio y tu grandeza,
¡Oh, pensativa y fiel Naturaleza,
Que nivelas al procer y al villano!
En tu lecho inmortal posó la frente
Y al cabo descansó.

Misterio augusto
Rodea su heredad.
Su muerte tarda
Ni aun siquiera lloróla el campanario
De la paterna iglesia.
Silencioso
Vólido de otro mundo desprendido,
En la noche profunda del olvido
El Payador halló sombra y reposo.

Apenas si un paisano que á menudo
Concurre en la lejana pulpería —
Que, nómade cual son sus parroquianos,
De los centros poblados cada día
Se aleja más y más — trémulo canta
Al compás gemidor de la guitarra
De Anastasio las décimas vibrantes,
Sin saber ni aún siquiera de que pecho
La intensa angústia desahogaron antes.

La cruz de ñandubay hoy se levanta
Junto al rancho desierto.
En él florecen
Llenas de pompa y vicio las acacias
Que hasta en el cuarto destechado crecen;
Y dando al sol y á la intemperie gracias,
Al viento de la tarde en que se mecen
Sueltan las blancas mariposas lacias
De sus pétalos puros; que cayendo
Con la tristeza de su lluvia leve,
Forman colchón de perfumada nieve
Que vá el soplo tendiendo y destendiendo.

Cual sombra en medio de la Pampa inmensa

La tapera se yergue silenciosa;
Y su ruina diríase que piensa;
Que el genio en ella del cantor habita;
Que al declinar la tarde se lamenta;
Que es la voz del peón la que solloza,
Cuando una garza pasajera grita;
Y que aún se cubren de funéreo velo
Cuando el sol, al herirlos de soslayo,
Desprende de los muros la alta sombra
Que, como negro pañolón de duelo,
Hace correr del pasto por la alfombra
Su fúnebre cendal de terciopelo.

En el solar en que habitó el paisano
Hoy goza de la sombra y el reposo
Del cansancio del sol la gran majada.
Y encontrando la sal tan codiciada
Las madres con los tiernos corderillos
Relamen los adobes ancianos,
Cual de guachos lamiéronles las manos
Del Puestero Anastasio á los chiquillos.

FIN.

INDICE

Pages.

VOCABULARIO

PALABRAS

Y MODISMOS ARGENTINOS EMPLEADOS EN EL POEMA.

Agregado: Peón que, por lo general, trabaja á cambio del hospedaje y la comida.
Apero: Recado de montar á caballo.
Aplastarse: Caerse de cansado.
« *Arrimar fierro* »: Aplicar la marca.
Bagual: Potro aún bravío.
Bañado: Humedal: estero.
Biznagal: Sitio poblado de la planta salvaje de ese nombre.
Brillazón: Espejismo.
Bordonas: Cuerdas mayores de la guitarra.
Campero: Persona practica en faenas campestres.
Cancha: Sitio espacioso y desembarazado.
Cañadón: Zanja natural con agua y hiervas salvajes.
Caracú: Tibias de los cuadrúpedos.
Carancho: Caracara.
Carao: Ave; de la familia de los carádridos (?)
Cardal: Cardizal.
Carona: No « la parte interior de la albarda »; sino manta de cuero independiente que va sobre las *bajeras,* esas mantas que cubren, el lomo del animal enjaezado, á modo de sudadero.
« *Cebadas penas* »: Como si se dijera: penas crónicas.
Cortados: Animales desertores de la tropa.
Cuereo: Sacar el cuero: cuerear.
« *Cosa mala* »: Aparición multiforme conque, cree la gente campesina, se presentan á pedir oraciones las almas de los extintos.

Cuja: Cama.
Cumbrera: Tirante central del techo
Chajá ó Iajá: Ave.
Chamica: Chamiza (?).
Chancho: Cerdo.
China: Mujer querida; mote cariñoso.
Choclo: Maiz tierno.
Decime: Dime.
« *Dejar el cuero* »: Morir.
De juro: Defectivo de seguramente: de seguro.
Domadas: Domas.
Enancada: En ancada.
« *Enlazar de codo vuelto* »: Arrojar el lazo de cierta manera.
Estilo: Acompañamiento especial de cada trova.
Estancia: Establecimiento de ganadería.
Estanciero: Propietario de establecimiento de ganadería.
Facón: Faca.
Galpón: Almacén ó depósito.
Guacho: Animal abandonado por la madre.
Guasca: Tira de cuero.
Hierra ó yerra: Faena de la marcación.
Humita: Manjar compuesto de *choclo* rallado.
Indiada: Muchedumbre de indios amotinados.
Largador: Quien da suelta á la majada.
Lechiguana: Colmena y avispa.
Lobuno: Caballo de pelaje color de lobo.
Malevo ó *Malego:* Hombre peleador.
Malones ó *Malocas:* Correrías de indios.
Manada: Tropa de yeguas.
Marcantes: Peones encargados de aplicar la marca.
Mate: Calabaza é infusión del mismo nombre que se escancia en aquella.
Maciega: Hierbas salvajes y altas.
Montonero: Guerrillero americano.
« *Muy de una vez* »: Inmediatamente: de todo en todo.

Matrera: Persona que huye de la justicia.
Nastasio: Defectivo de Anastasio.
Nutriadas: Caza de las nutrias.
Ñandubay: Mimosea.
Pajal: Pajonal.
Palenque: Estacada para atar bestias.
Pastizales: Terrenos de pastos altos.
Payador: Trovador popular.
Pechada: Golpe dado con el pecho del animal.
Pialar: Apealar. Enlazar de las manos un animal para derribarlo.
Pingo: Caballo.
Ponchazo: Golpe dado con la ruana.
Poncho: Ruana.
Puestero: Peón que tiene á su cargo una sección de Estancia.
Puesto: Casa de un peón de Estancia.
Pulpería: Almacén.
Rancho: Habitación.
Ranchada: Varias habitaciones.
Renegridas: Muy negras.
Rodeo: Sitio donde para regularmente el ganado.
Retobado: Aforrado en cuero.
« *Sacálos china* »: Sácalos, mujer.
« *Tan de una vez* »: Como « muy de una vez ». Inmediatamente.
Tapera: Ruina de rancho.
Tirador: Cinturón.
Tendida: Echarse el animal á un lado en la carrera.
Teros: Teru-teros: ave de grito onomatópico.
Velorio: Velatorio.
Viuda: Aparición fantástica: luz mala.
Vizcachera: Cueva del cuadrúpedo llamado Vizcacha.
Yerra ó hierra: Faena de la marcación del ganado.

FIN DEL VOCABULARIO.



CHARTRES. — IMPRIMERIE DURAND, RUE FULBERT.

FRANCISCO SOTO Y CALVO

NASTASIO



CHARTRES
IMPRENTA DE DURAND
RUE FULBERT

1899